

la revelación. Si las separas te perdiste; si las sigues y obedeces unidas, serás feliz temporal y eternamente.»

Pero esta armonía alcanzable en el plano teórico no era tan fácil de conseguir ante la circunstancia dramática que suscitaba la Revolución francesa. A nuestro juicio, es precisamente la inadecuación entre su inútil defensa de una reforma moral a escala individual y la vinculación íntima a los propulsores del crecimiento económico según patrones ilustrados, de una parte, y la realidad de un medio social y un grupo totalmente anclados, al margen del proceso histórico —como eran sin duda las pequeñas ciudades castellanas y las órdenes religiosas, respectivamente—, lo que explica la «vida secreta» del capuchino Santander, a que sin causa material concreta aludía fray Manuel Martínez; pero de cuya presencia ha quedado un testimonio, aunque difuso, elocuente en sus obras impresas.

En efecto, alguno de los opúsculos publicados en 1805 nos habla de una vertiente oculta en la producción intelectual del entonces obispo de Amizón, y cuyo exponente político bien pudo ser la *Carta de un religioso español*, a que nos referiremos en último término. Tales son, por ejemplo, la sorprendente presencia de una égloga en que «el pastor Melibeo manifiesta su agradecimiento a la bella Anarda», o el confuso y casi ridículo romance galo-hispano, con rima mixta en español y francés, que sirve de cierre al volumen (27). O, en fin, alguna que otra coplilla festiva que irrumpe de vez en cuando en las cartas. Como resultado, puede afirmarse la existencia en Santander de una duplicidad, entre una conducta oficial casi ortodoxa y múltiples manifestaciones privadas o semipúblicas discordantes con relación a ella. Es lo que va a mostrarnos a partir de 1789, cuando se abre el cambio político revolucionario en Francia.

EL DOBLE ECO DE LA REVOLUCIÓN

En la superficie, la lectura de los sermones y escritos de fray Miguel de Santander durante el período revolucionario no descubre diferencias notables con los de otros oradores sagrados, cuyo empeño en la última década del siglo no fue sino desterrar, bajo la califi-

(27) Unas estrofas son suficientes para estimar el dudoso gusto literario y la confusión ideológica que preside el romance de Santander: «Pero el diablo está en que todos / ponderan la *société* / con la voz; y con sus obras / abrazan la *liberté*. / La sociedad tiene leyes / ¿no es verdad? Niéguelo usted / Mas, ¿qué leyes siguen ellos? / las que da la *liberté*. / Pero aquesta libertad / es su fatal *entretien* / Dios los saque de ella y quiera / llevarlos al cielo. Amén». En *Cartas familiares*, pp. 413 a 415.

cación de impiedad, todo peligro de contagio revolucionario en el pueblo español. Vendría a ser una pieza más en ese tablero uniforme que se ha querido construir de una sociedad española unitariamente consagrada a la contrarrevolución, encabezada por los mismos ilustrados en retrocesos (léase Floridablanca y Campomanes y, como actitud intelectual arquetípica, el inevitable ejemplo de Jovellanos). Es una imagen hoy sujeta a revisión, como tantas otras de nuestra historiografía tradicional. No hace mucho que, en un estudio basado en documentos inéditos del Archivo Histórico Nacional, ponía Anes Alvarez de relieve que «las ideologías revolucionarias alcanzaron una difusión popular a pesar de los múltiples impedimentos que puso el gobierno a la circulación de esas ideas. Sin embargo, éste no pudo evitar que el pueblo tomase conocimiento de la Revolución y que expresase su simpatía hacia ella» (28). En las grandes capitales—Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza—hubo movimientos de agitación y no faltó, según ha visto Anes, algún pueblo castellano que se levantara proclamando la libertad y la igualdad francesa. No hay duda de que Miguel de Santander figuró entre los hombres que vieron positivamente el proceso revolucionario y buscaron la aplicación de sus ideas, aunque otra cosa mostraran algunas de sus intervenciones públicas.

Estas, en efecto, no podían desgajarse de la atmósfera reinante por la reacción oficial, que con tanto acierto ha descrito Richard Herr bajo el lema «Cierra España», en su *España y la revolución del siglo XVIII*. La literatura contrarrevolucionaria, por lo general de ínfima calidad, corrió a cargo preferentemente de los miembros del estamento religioso. En entusiasmo e ignorancia, rivalizaron predicadores como Yurami, Cortés, Antonio Díez, con los obispos de las principales diócesis del reino. Entre los segundos, destacó la *Carta pastoral* de Francisco Armañá, arzobispo de Tarragona, con la exhortación del obispo de Santander, Menéndez de Luarca; entre los primeros, cómo no, el inevitable fray Diego José de Cádiz, con *El soldado católico en la guerra de religión*.

La participación de fray Miguel de Santander en esta actitud colectiva no parece haber ido más allá de la obligada en un predicador de su talla. Tenemos noticia de un sermón, predicado en el convento de San Antonio, de Madrid, en el capítulo provincial de su orden, en 1793; de otro sermón, pronunciado esta vez en el convento de los capuchinos de Toro, el 13 de julio de 1794, «para implorar la divina protección en la presente guerra». Y, al año siguiente, de una exhortación a sus paisanos montañeses para la defensa de la patria

(28) GONZALO ANÉS ALVAREZ: «Ecos de la Revolución francesa en España», en *Cuadernos de Historia de España*. Buenos Aires, 1962, p. 301.

con ocasión de las victorias francesas en el País Vasco, culminadas por la toma de Bilbao.

En el primer sermón citado, Santander proclamaba (29):

«Tú sola, impiedad escandalosa... Tú sola eres la que derribaste a ese reino vecino desde la cumbre de la felicidad hasta el abismo de horrores e injusticias en que le vemos envuelto.»

Palabras que pudiera haber hecho suyas el padre Cádiz, Vila y Camps, o cualquiera de los apologistas con que desde un primer momento contó en abundancia, y más en los púlpitos, la causa contrarrevolucionaria en España. De forma semejante, en el pronunciado en Toro habla del «brutal y escandaloso materialismo de su nueva constitución», de «libertad e igualdad más funestas, a la verdad, que la esclavitud más horrorosa», mientras que en la exhortación a los santanderinos increpa a «los monstruos que han estado al timón de la memorable revolución francesa». La primera cuestión que se plantea es si pueden tomarse como sinceras estas declaraciones. A nuestro modo de ver, solamente la exhortación a la defensa nacional parece serlo; los sermones pueden considerarse como una forma de manifestar hacia el exterior su adhesión a la corriente general en días en que su fama de ilustrado y galicista podía reservarle serios peligros. Desde luego no hay duda de que sus ideas favorables sólo cuajaron más allá del período jacobino, cuando cree ver la consolidación en el orden de las reformas revolucionarias, como denuncia la *Carta* y una solitaria nota colocada *ex-post* a la exhortación.

Y en esta misma no puede esconder su admiración hacia el ejército francés. Si los montañeses tienen que preparar su defensa siguiendo unas pautas nacionales, similares a las puestas en práctica por la Revolución, es porque el ejército regular ha sido totalmente derrotado. «¿Serán una tropa de bandidos, unos soldados débiles y sin disciplina los que arrollan los ejércitos austríacos, ingleses y prusianos?», se pregunta. Para añadir que «ellos han batido nuestros ejércitos, tomado nuestras mejores plazas» (30). La condena de la Revolución no obsta para puntualizar que esto es lo de menos; lo importante es una buena defensa, apoyada en el principio de no capitulación—Santander tenía a la vista los ejemplos recientes de Guipúzcoa y Vizcaya—, ante la simple seguridad por los franceses de respetar personas y propiedades.

(29) FRAY MIGUEL DE SANTANDER: «Sermón predicado en el convento de San Antonio, de Madrid, en el capítulo provincial del año de 1793», en *Sermones panegíricos*, II, p. 272.

(30) FRAY MIGUEL DE SANTANDER: «Exhortación que el autor hizo a sus paisanos para la defensa de la patria, en la presente guerra, el año de 1795», en *Sermones panegíricos*, II, p. 350.

También es tema central del sermón-rogativa de un año antes, en Toro, el de las derrotas militares. En realidad, al margen de unas frases altisonantes, lo que menos hace Santander en su pieza oratoria es criticar la situación francesa: el remedio está para él en la reforma moral de España. De la contradictoria ambigüedad que en estos años encierran sus palabras dan idea las siguientes frases al iniciarse el mencionado sermón:

«Sus asambleas, compuestas de unos espíritus inquietos, turbulentos, y en lo moral y religioso realmente mal organizados, que se han propuesto *no ya seguir aquellas sus primeras operaciones de extirpar los abusos y vejaciones que oprimían al infeliz francés* (que era el único objeto para que fueron convocadas entonces por las autoridades constituidas legítimamente), sino el trastorno universal... en la vida civil y la creencia religiosa» (31).

En la aparente condena, como vemos, va encerrado el reconocimiento de la necesidad de la convocatoria de asamblea y de las primeras reformas dirigidas a acabar con la opresión del pueblo francés. Es mucho más de lo que la censura oficial solía tolerar. Las victorias francesas terminan por convertirse en llamamiento a la moralización de la vida social española, comenzando por la reforma de las costumbres en el mismo rey. Todo ello, naturalmente, aderezado con la conveniencia de rogar a Dios e impetrar la intercesión del beato Lorenzo de Brindis. Y cerrado con el recuerdo de la oposición que él mismo marcara desde un principio a las hostilidades con Francia, cuyo resultado militar se le aparecía obvio:

«Más ha de un año que en medio de la Corte levanté mi débil voz para hacer entender a todos que era una temeridad y tentar a Dios hacer la guerra a la Francia sin contar con buenas y numerosas tropas... No fui profeta, pero anuncié la verdad... La dije en medio de la Corte y la repito ahora en esta nobilísima ciudad. Sería tentar a Dios despreciar las negociaciones y alianzas...» (32).

Lo cual no es sino una condena indirecta de «una mal entendida y reprobada política» en España, acompañada del deseo de que «en Francia pueda verse desterrada la anarquía y establecido un gobierno legítimo sobre las inmutables bases de la verdad, la ley, la justicia y la virtud».

(31) FRAY MIGUEL DE SANTANDER: «Sermón XXII. Del beato fray Lorenzo de Brindis, Capuchino, para implorar la divina protección en la presente guerra», predicado en el convento de Capuchinos de la ciudad de Toro, el día 13 de julio de 1794». En *Sermones panegíricos*, I, p. 353.

(32) *Ibidem*, p. 365.